

¿Se ha fijado usted, lector, en que estamos hablando a gritos?

La pasada semana, para no ir más lejos, tuve que recorrer la provincia en dirección a sus cuatro puntos cardinales. Y como la recorrí de simple viajero, mejor decir viajante, tuve que echar mano de los trenes y autobuses que todavía circulan por esos mundos de Dios y algunos de cuyos ejemplares, como dice mi amigo, son fiel exponente de los bártulos guerreros que concurren, saliendo ilesos, de la batalla del Marne.

Pero no nos metamos hoy en cosas que nuestra mano no pueda sacarles brillo de modernidad que bastante y engorroso es el cúmulo de otras tales que corren de nuestra cuenta. No hagamos lo de siempre: sacar a

ancora

SAN FELIU DE GUIXOLS



26 DE JUNIO DE 1952

REPORTAJES AL MINUTO

COMO Y CUANDO SE DEBE HABLAR

relucir los defectos y olvidos de los demás, con la intención de que los nuestros queden así paliados.

Volviendo, pues, a mi viaje, que al fin y al cabo es el punto de partida de estas líneas, he de confesarles que quedé horrorizado de ver como los trenes, y más aún en los autobuses, los

viajeros mantienen entre sí sus diálogos a grito pelado. Hay que ver lo que se grita para comunicar a un tertulio que el calor de estos días resulta insupportable. Dos señoras que ocupaban un asiento a mi espalda —y conste que lo escribo sin ánimo de criticar al sexo que las dos representaban— me enteraron con todos los detalles de la vida y milagros—más vida que milagros—de una tal Luisa, su convecina.

En el tren, tres señores que tomé por viajeros de algún comercio, disputaban sobre las triflufas del Español, sobre la pavimentación de carreteras y sobre el poder—o no poder—curativo del hongo.

El cobrador de un autobús, saludaba a los viajeros que subían, o despedía a los que se apeaban, con la voz henchida y fonográfica de un mitin electoral.

¿Se puede saber, señores, a qué viene ese griterío? Antre el traqueteo del coche, el ruido del motor, el golpear constante del cristal de las ventanillas y esas voces que se dan en plan de barítono, no hay manera de disfrutar de las excelencias de ningún paisaje. Y eso sin contar que en ningún trayecto dí con la celebración de un mercado, ya que entonces añadan ustedes a ese infierno de ruidos y confusión, la tortura de un cesto clavado a la espinilla o de unas cuantas gallinas que lloran a coro su despido del gallinera.

Si eso es viajar, yo soy, señores, Napoleón Bonaparte.

* * *

Ya que de hablar tratamos y más concretamente de los que faltando a la educación y al respeto para con el prójimo lo hacen a grito pelado, bueno será sacar de nuevo en estas páginas —que con ésta es la tercera vez que del asunto nos ocupamos— la falta de consideración que supone hablar en el cine durante la proyección.

Y conste que hoy vamos a pasar por alto lo concerniente a ese gamberrismo que de vez en cuando deja oír su voz, sin que exista ningún alma caritativa que, velando por el buen nombre de la ciudad, se decida aca-

bar de una vez con tamaña grosería.

Paso, pues, a referirme a esas voces más modestas, a esas malas compañías que de vez en cuando nos tocan en suerte, de personas que adolecen del vicio de ser chistosas (?) a todo trance o que comentan la película mientras el celuloide va pasando.

Todo el mundo sabe lo difícil que resulta aguantar un mal vecino cuando no tiene la cordura de comportarse como Dios manda. Eso de la mala vecindad es la cosa más parecida al suplicio de Tántalo. Algo así como el horrendo castigo de la gota de agua, que en el cine los habladores repiten dejando caer palabra por palabra. La gota de agua acabaría por horadarnos el cráneo. Los chistosos y comentaristas en el cine —malos chistosos y peor comentaristas— acaban por destrozar el sistema nervioso más perfecto y más templado.

Por el hecho de adquirir una entrada y aunque la misma valga —que ya es valer— ocho pesetas, a nadie asiste el derecho de mortificar a unos semejantes que también compraron la suya.

Los chistes se guardan para las reuniones sociales en que, faltas de móvil y doctrina, la gente se aburre de una manera estúpida. El comentario, cuando en bien o en mal la cinta lo valga, lo leeremos en ANCORA bajo la firma solvente del crítico o del simple espectador que nos honre escribiéndonos.

La palabra espectador indica ya que la persona debe comportarse en misión contemplativa. A lo más, en actitud expectativa y alerta siempre para distinguir la enorme y abismal diferencia que va del gato a la liebre.

En el cine como en todos los espectáculos que no sean deportivos y por tanto pasionales, el silencio es un deber que se impone con la fuerza arrolladora de todos los imperativos.

Nadie mete al espectador por la fuerza en ningún cine. Razón por la cual puede el espectador salirse cuando le plazca, que la calle está muy ancha para pasear los malhumores.

Guixols

Norma y concepto de la vía pública

Varios han sido los artículos y escritos aparecidos recientemente en estas páginas, ocupados en el tema siempre actual y palpitante de la vía pública.

Y hay que ver el concepto que de la vía pública tiene todavía mucha gente que a diario transita por ella, hallándose por tanto frente a los mismos problemas que nosotros, como simples espectadores, venimos día a día denunciando.

El error mayúsculo hasta el momento registrado, ha sido el de creer que la vía pública debe limpiarse por el sólo hecho de que el turismo nos obligue. La buena ama de casa cuida siempre de su hogar aun a sabiendas de que no va a recibir la menor visita. Y es que la higiene, como la estética y sus demás complementos, son cuestiones de principio, que se tienen o no se tienen.

La calle debe quedar siempre limpia y cuidada con absoluta independencia de si la ciudad se halla incendiada al Polo Sur o al Polo Norte.

Deben desaparecer de la calle todos, absolutamente todos los obstáculos, tanto si los mismos provienen del hierro, de la madera o del cemento. Y el hecho de que hoy, a estas alturas de la vida, tengamos todavía que plantearnos estas cosas, es pura y simplemente porque cincuenta años atrás —cincuenta o cien, que poco importa— nadie tuvo el valor de meter estos abusos en cintura.

Un día u otro tenía que empezarse, y este día ha sido hoy, como debió ser ya el ayer. La fecha aquí palidece de pura anécdota.

La cuestión es entender y proclamar que la vía pública es patrimonio de todos los ciudadanos. Razón por la cual, siendo de todos, no es de nadie.

¿Qué pasaría si todas las industrias se instalaran en plena calle? Que como dijimos el otro día, tendríamos como los gatos, que trepar a los tejados.

POL

¿Y quién le dice a mi vecino que nunca calla, a mi vecino que se mofa de un film continuamente, que a los demás esa misma cinta nos parece excelente? Ni yo puedo obligar a mi vecino a que vea la cinta por mis ojos —que, a Dios gracias, cada cual tiene los suyos— ni él debe cometer la indelicadeza de someternos a sus caprichos.

¿O es que no saben que la libertad comporta más obligaciones que derechos?

Lo de menos, lo menos importante en este caso, es pasar por taquilla y pagar ocho pesetas. Que eso, como venimos señalando, puede hacerlo cualquiera.

RODIN



«Yo soy yo y mi circunstancia»

por L. D'ANDRAITX

En mi penúltimo artículo, publicado en este mismo semanario, cité, lectores, la frase que hoy me sirve de título. Nuestra memoria es una máquina singular, por lo menos, así es la mía.

Ciertos sucesos, ciertas palabras dichas u oídas, ciertas sensaciones, las tiene uno grabaditas y enrolladas en la cinta del recuerdo, prontas al uso, en expectante silencio. Voluntad o azar disparan el resorte, y entonces la espiral se deshace y la rememoración pasa a ocupar el primer plano actual, en salto de gamo.

Qué de detalles, en realidad, olvidados, aparecen de nuevo con todo su relieve!

Otras veces, no obstante, la visión es fragmentaria; tal como oír en sueños una voz e ignorar la boca que la modulara o recordar un paisaje sin saber donde se ha visto o una sensación aislada, sólo, el efecto de una causa perdida. Este recordar a medias es angustioso, desazonante; nos mueve a llamarnos torpes, cual nos lo llamaríamos de no saber colocar el último cubo de un rompecabezas.

No así, el olvido total de algo, que es la nada en su absoluto vacío.

Pero recordar a medias es, para el ánimo del escritor, una sutil tortura, que le obliga a andar y desandar mil caminos para dar con el clisé olvidado.

«Yo soy yo y mi circunstancia» lo escribió Ortega y Gasset, en 1914, en su prólogo de las «Meditaciones del Quijote».

Qué hermosura de prólogo! Vive Dios, que el escritor lo prefiere a las mismas meditaciones con ser bellas y acertadas!

Debo confesar que no acudió la memoria a mi llamada angustiada, confieso que no fué arte mío el poner la última pieza de ese rompecabezas de olvidos.

En un momento de sosiego, muellemente recostado en el amplio butacón de mi despacho, ausente el espíritu de su preocupación reciente, mi mano, sonámbula, tentada por el gris y el oro de unas cubiertas, se cerró sobre un libro del más próximo estante. El volumen se abrió por la página trescientos veintidós; y mis ojos leyeron en el párrafo tercero:

«Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo».

El libro era el tomo II de la colección de Obras Completas de J. Ortega y Gasset.

El escritor se pregunta: Fué el gesto un puro acto casual?

Obedeció la mano a un imperativo del subconsciente, acaso, de más clara memoria que la propia conciencia?

Fué un ángel quién me guiara la mano?

Hay preguntas hermosas; precisamente, porque carecen de respuesta, porque tienden un puente a la investigación, a las cruzadas de alegre trote, porque burlan el estatismo del conocimiento erudito.